



LAS CONSECUENCIAS

Por JESUS LOPEZ PACHECO

LA verdad es que no estaba tan bien como les escribía. Pero ¿qué iba a hacer? Ellos, aquí, en el pueblo, pasándolas de a kilo; madre, sin poder casi moverse, con la dolor en las caderas; el padre, sacando un jornal de uvas a peras; los dos mocosos, incapaces de rendir como hombres si hubiera habido trabajo, que no lo había; Agustín, allá desde hace dos años, que todo se nos va en paquetes y viajes; y yo en Madrid, pasando lo mío también. ¿Les iba a decir la verdad? No. Les escribía que estaba muy bien (sí, sí...), que comía muy bien (sí, sí...), que la señora era muy buena (por la otra punta)... Bastantes preocupaciones tenían ya ellos.

A madre la he encontrado más seca. Cada vez se parece más a la abuela cuando murió. También ella se asustó al verme bajar del autocar.

—¡Hija! ¡Hija!

Me lo dijo a gritos, como si me faltara un ojo o viniera manca. Medio pueblo se volvió a mirarnos, porque aquí siguen con las mismas costumbres, por lo que veo; todo el que puede va a esperar el correo, como si trájeramos pegado en la cara todo lo que hemos visto.

La abracé, y lloramos las dos, sin hablar, muy apretadas. En seguida noté sus manos palpándome las carnes por la espalda.

—¿Pues no decías que estabas bien? ¿Que comías por todo lo alto?

—Madre —le dije—, en Madrid se come a base de menos grasa, muchas de las verduras y legumbres que nosotros les damos a los animales, para ellos son el plato de todos los días. Por eso son delgados. Las mujeres tienen muy buen tipo. ¿No las ves en el cine, en los No-Do? —Me salté de ella y, riéndome, di una vuelta, como si bailara—. Vengo hecha una madrileña, ¿eh?

—Demasiado madrileña —dijo padre—. Un poco más de lozanía no está mal en una moza. Sobre todo se te ha ido aquella color que tenías cuando te fuiste. Cualquiera diría que estás enferma.

—Además, el trabajo —les dije—. ¿Usted sabe qué trabajo? No como aquí, desde luego; salir al campo, atender a los animales... No. Allí:

fregar, limpiar, bajar los tres pisos quince veces al día; que si a por cervezas, que si a por jabón, que si a por aceite... Y luego los tres niños, que eran como diablos, todo lo revolían... No parabas, aunque no te lo pareciera. Al final del día, te preguntas: ¿qué he hecho? Nada, es que no sabes ni decirlo, pero estás baldada. No ves que como ellos, el señor y la señora, que menudos eran, no paraban en casa, siempre con el coche de fiestas, con amigos, a cenar a la Cuesta las Perdices, y por ahí, por sitios que yo no sé, pues yo, a ver qué remedio, a apañármelas con la casa y los niños, casi todo el día sola, y menuda responsabilidad que es esto, no vayáis a creer. Así he adelgazado como he adelgazado...

A ellos no les podía decir la verdad del todo. Porque como tú estuviste en Madrid dos semanas, hace poco, y ellos lo saben...

¿Que qué tiene que ver? Pero si te lo estoy explicando, hombre. Ten paciencia.

Eran gente de dinero. Bueno, de dinero. Te diré. Para que te hagas cargo: él es representante de latas de conserva, tiene un coche y una furgoneta que hace viajes a la fábrica y vuelve hasta los topes, sobre todo de latas de sardinas. Visten muy bien, y la casa es de sueño, con una nevera de cine, y televisión, y qué se yo. Además, tiene otros negocios, no sé decirte cuáles. Pero no deben ser muy limpios, porque en febrero estuvieron casi todo el mes con la casa medio vacía: la nevera, la televisión y todas las cosas así, de más valor, se las subieron a los porteros, que tenían la casa que no podían entrar con todos aquellos chismes. Por lo que se me alcanza —porque ellos no me explicaban nada—, les daba miedo que vinieran a llevárselos, por deudas que tendrían, digo yo, y la mejor manera de evitarlo era ponerlo todo fuera de casa. Lo más raro es lo del coche. Lo cambia cada dos o tres meses, y siempre es uno de esos cochazos como barcos, con unas luces rojas atrás que parecen ojos. No sé lo que hace, pero yo me malicio que lo de cambiar de coche es otro de sus negocios.

Y la señora, no te la pierdas. Del-

gada, más alta que él, a todas horas con la cara maquillada, casi siempre con pantalones muy ajustados, que a mí me daba vergüenza de cómo la marcaba, aunque a ella le debía importar un rábano, porque más de una vez se fue por ahí así, como si tal. Para mí que no era muy de fiar, bueno, ya sabes, una de esas mujeres casadas que es como si no lo fueran, de cómo van y de la cantidad de hombres que la llamaban por teléfono, y a veces se iba a la piscina y a merendar. Yo no pondría la mano en el fuego por ella. Claro que también hay que ver al marido, un tío rechoncho, que brilla de lo que suda, y más guarro que él solo, y yo, que le he tenido que lavar las mudas más de un año, te lo puedo decir.

Sí, pero no. Yo también creía que la gente de Madrid era muy limpia. Y no es cosa mía, no vayas a creer. Pregúntale, pregúntale a la Anastasia y a la Juana, que han estado sirviendo también allí, y hasta en casas de mucho ringorrango. No digo que no tengan detalles, los dientes, por ejemplo, que se los lavan a diario... ¿Y de finos, de educados? La mayoría sueltan unas palabrotas... Y discuten, chillan, hasta se pegan entre marido y mujer. Luego, cuando hay alguien delante, entonces sí, entonces son de lo más fino; el traje tiene que ir sin una mancha, y si tienen invitados, casi todos van a que algún vecino les preste algo: unas copas, unos vasos de «glisquis», un mantel... Y lo mismo cuando bajaban a la terraza del bar que había a la vuelta, casi siempre ella sola: todas las señoras se ponían de punta en blanco, y cotilleaban como las mujeres del pueblo cuando van a lavar al río, pero peor, porque contaban cosas de sus maridos, de si las hacían esto o aquello, no puedes imaginarte, y mentían por todo; la mía, por ejemplo, decía que me pagaba ochocientos pesetas, y la verdad es que me daba seiscientas, y una vez

llegó a deberme hasta tres meses, que madre me escribía unas cartas furiosas, creyendo que me lo habían robado o algo así, y yo, sin saber qué decirle, inventaba cuentos.

La Anastasia estuvo sirviendo, al principio, en casa de unos señores que iban muy mal de dinero. El era profesor y ella también, por lo menos daba clases de no sé qué. Tenían la casa llena de libros y la trababan muy bien. La Anastasia dice que eran muy buena gente y que al despedirla le dieron toda clase de explicaciones. Debe ser que hoy, en Madrid, la mayoría de los que tienen dinero para pagar a una criada, aunque sea viviendo a lo loco son de lo peor. Porque todas las chicas que estaban sirviendo decían más o menos lo mismo.

Los niños me daban mucha pena. Por más que una quisiera no podía atenderlos bien, yo sola con la casa y el cuidado de ellos. La madre es que ni les hacía caso. Y el padre, no digamos. Gritos y azotes, el día que mejor. Cuando se iban por ahí, que era casi siempre, y la mayor parte de las veces desde por la mañana, para no volver a comer, yo tenía que arreglármelas con algunas conservas y patatas. A lo más, en aquella casa se ponía un cocido, pero ¡qué cocido! No como aquí, con bien de grasa. Eran unos garbanzos que se estaban ahogando en un charco. Te salía una sopa que daba vergüenza, de clara que estaba. Y una pizca de tocino, otra de carne y pare usted de contar. No podía hacer otra cosa, créeme. Ella me daba diariamente el dinero, y anda, a ver cómo lo estiras, a ver cómo sacas de donde no hay. Estaban las criaturitas con unas caras de pena, y la mitad del tiempo malos. El mayor, que tiene siete años, siempre está con bultos por el cuello, seguro que de hambre, el pobre. Y para llamar al médico o a un practicante en aquella casa habla que echar instancia. Las inyecciones quisieron que se las pusiera una vecina, con la que

hicieron amistad solo por eso, yo lo sé. Pero ella, un día se hartó. Mi señora la regalaba alguna que otra conserva de vez en cuando, y la buena mujer se ponía colorada, sin atreverse a rechazarlas.

Digo yo que eran padres desnaturalizados, ¿no te parece? Aunque a mí, a veces, me daba lástima de ellos, en el fondo. Debían ser muy desgraciados y por eso se gastaban el dinero que se gastaban en divertirse por ahí, aunque no creo que disfrutaran de verdad.

Yo, pues fíjate yo cómo estaría. Me quitaba de la boca la media patata que me iba a comer o el trozo de sardinas para dárselo a aquellas criaturitas de Dios.

Cuando tú estuviste en Madrid, ¿te acuerdas?, salíamos los jueves y domingos, y luego, a la vuelta, nos parábamos un poco en el portal. Bueno, pues una vez que te pusiste pesado, ¿te acuerdas?: «Anda, no seas tonta. Solo un beso. Abrazarte un poco. Si no me dejas por las buenas, va a ser peor...» Bueno, esas cosas que tú me dices cuando te pones cabezota. Pues aquella vez, que al final me besaste y me diste un abrazo en el portal...

Sí, claro, en otro sitio. Eso es lo que tú querías. A buena hora iba yo a ir a la tapia aquella, donde van todas las perdidas del barrio y de vez en cuando los guardias se acercan con las linternas y se las llevan a la comisaría...

Pero déjame hablar, hombre. Así no termino nunca. Además, quejarte, no te puedes quejar, porque anda que aquellos días, por el Manzanares, so fresco... Luego tuve que ir a confesarme y menudo se puso el cura...

Lo que te estaba diciendo. Aquel día. Me despido de ti, subo y allí estaba la señora esperándome, que se lo había dicho una vecina que nos había visto, hecha toda una furia. Que si no me podía consentir aquellas cosas, que si era una vergüenza, que si me iba a echar en cuanto volviera a las andadas... Ya puedes imaginarte... Yo, que soy una tonta, me eché a llorar. Además, no sé si te he dicho que ella era muy religiosa, no se perdía una misa, iba todos los meses a Jesús de Medinaceli...

Yo tampoco lo entiendo. A lo mejor los que la llamaban eran amigos de su marido. No sé. En Madrid pasan cosas muy raras.

El caso es que me habló de la religión, del pecado, y yo, ya sabes cómo me pongo cuando me hablan así y creo que he hecho algo que está mal.

Pocos días después fue cuando me puse mala. A ti sí te lo escribí. Tenía una fiebre a todas horas que no podía hacer nada, todo me cansaba, la cabeza se me iba. Yo me callaba, aguantando como podía. Pero la señora se dio cuenta. Una vez me vio cuando estaba como mareada, hasta me había tenido que echar en la cama un momento.

—Pero ¿qué te pasa, Angelines?

Y todos los días lo mismo: «¿Qué te pasa, Angelines?» «¿Qué te pasa, Angelines?» «¿Esos amores!...»

No sabía qué decirle. No me atrevía ni a contestarla. Lloraba. Te juro que pasé unos días muy malos.

Otro día me encuentro a la Anastasia en la escalera.

—Menuda te vas a poner hoy.

—¿Por qué? ¿Anda ésta!

—Ahí estaban tus señores comprando dos pollos.

Los compraban fiados, ¿sabes?, sobre todo los días que no tenían ni gorda, y entonces pollo por la mañana, pollo por la tarde, pollo por la noche, fíjate a lo que tocaríamos. Una vez llegaron a deber lo menos cuarenta pollos, los tios. También compraban fiado en la tienda de ultramarinos, en la frutería, en todas partes. A mí me temblaban las piernas cuando llamaban al timbre: ¿Quién vendrá a cobrar?, me decía.

Subo y allí estaban los pollos, asaditos, dorados, que se relamía una de gusto.

Llaman a la puerta, voy a abrir, y era un amigo de los señores, al que le daban una coba tremenda siempre que venía. Tenía un abrigo que lo menos debía valer tres mil pestas; daba gusto tocarlo cuando se lo cogía.

Serví la mesa con rabia, porque aquel día los pollos eran para ellos nada más, como siempre que había algún extraordinario. Los niños y yo, ensalada con bonito y sardinas y huevos fritos. A lo mejor nos hubieran dejado algún hueso para rebafar, si les daba por ahí.

No sé lo que me pasó. Digo yo que sería por el olor de los pollos, que se me había metido hasta las tripas y la cabeza me daba vueltas. De pronto me dio como un desmayo, allí, delante del invitado, qué vergüenza. Me tumbaron en el diván (lo habían comprado a plazos y todos los meses venía una letra y yo

tenía orden de decirle al cobrador: «Déjeme el aviso, por favor») y empezaron a reanimarme. Y hablaban. Que si mal de amores, que si a saber, que si el novio, que si las criadas somos así o asao... Ya puedes figurarte.

Cuando se fue el invitado, me cayó una buena.

—Se va a enterar todo el mundo, Angelines. Esto no se queda así. Te lo aseguro. Ya ves lo que trae el andar por ahí hasta las tantas con el novio...

Yo estaba sin fuerzas. Además, después de lo que había pasado el último domingo que estuve contigo, ¿te acuerdas?, que si me descuido... pues la verdad, tenía miedo. Ni siquiera me había atrevido a confesárselo todo al cura. La señora me hablaba, me hablaba, y yo no hacía más que llorar. Me dijo que iba a llevarme a un médico. Me arrodillé. Le pedí perdón. Le dije que no me llevara... A saber si tendría razón, pensaba; a saber si se me notará lo de aquel domingo, aunque no debió ser más que lo de otras veces... Fue tremendo.

Me llevó al médico. Lo que no estaba dispuesta a gastar con sus hijos, se lo gastaba conmigo, para que veas cómo era: No puedes imaginarte. Se lo contó a unos amigos suyos que vinieron al otro día, a una vecina y en seguida lo supo todo el mundo en la casa, en el barrio. Me miraban con risitas, de reojo, cuchicheando... El chico de la tienda se metía conmigo, el lechero tres cuartos de lo mismo... Llegué a pensar que yo era una apastada o algo así,

como si no le hubiera pasado a otras...

No, déjame acabar.

Bueno, entramos en la consulta. El médico era muy joven, y a mí me daba una vergüenza... Ella se lo explica con aquella habilidad que tenía.

—No tenga miedo, señorita.

Fíjate: señorita. Son pocos los que nos llaman señoritas en Madrid. Y con aquel respeto, con aquella simpatía.

Bueno, me reconoció...

Sí, claro. Todo. ¿Cómo iba a saberlo si no? No tiene por qué molestarte. Era un médico. Anda, cállate, déjame que te cuente.

El médico se sonreía. Me estuvo reconociendo mucho rato, por todo el cuerpo, me tomó el pulso, me preguntó si tenía fiebre, me puso el termómetro, meató una especie de gomas alrededor del brazo... Un reconocimiento de una vez.

Luego empezó a hablar. Le preguntó a la señora que cuánto tiempo llevaba en su casa.

—Un año o así—dijo.

Que si había niños a mi cargo.

Que cuántas habitaciones tenía la casa.

Que si tenían otra criada, aparte de mí.

Que si teníamos lavadora...

—Sí.

Era verdad, pero llevaba estropeada desde hacía lo menos tres meses. Como a ella no le dolían los riñones...

Me preguntaba si la estaría tomando el pelo con aquellas preguntas tan raras. A lo mejor también a él le debía alguna consulta anterior y se estaba oliendo ya que tampoco la mía se la iba a pagar...

A mí me parece que fue la propia señora la que se lo buscó. Imagínate que, la muy imbécil, porque no merecía otro nombre, con aquella seguridad que tenía, va y le empieza a machacar hablándole de mi novio —de ti—, de que nos veía a monudo por sitios oscuros, cerca de casa, de que a saber por dónde iríamos...

—Luego vienen estas consecuencias...

El médico la cortó.

—No es eso —dijo, más bien seco, y con una cara de serio, ¡qué cara!— Lo único que le pasa es que está anémica.

No solté la carcajada por el médico, que me miraba como pidiéndome que siguiera seria. Se le veía que también estaba haciendo esfuerzos.

La señora intentó arreglarlo, pero no tenía arreglo. Estaba colorada como un tomate.

Ahora fui yo la que se encargó de que le supiera toda la casa, y vaya si lo supo.

Por eso he vuelto, a ver si me harto de comer por lo menos, aunque tenga que ir a segar. Pero no me atrevo a contárselo a padre y madre, porque a lo mejor ellos iban a pensar como mi señora y que todo era cuento mío. Ya sabes que para ellos en Madrid no hay más que señores. Digo yo que sería en su época, cuando madre fue a servir y padre estaba de guardia de asalto...

